

Capítulo 40 - Luces Pálidas

- Capítulo 40 - Luces Pálidas

Capítulo 40 - Luces Pálidas

El galeón proyectaba una sombra larga sobre el muelle, mientras todos ellos esperaban en pie dentro de él.

Era apenas la tres de la madrugada, y aunque Tristan no era ajeno a las horas nocturnas, pocos de sus compañeros compartían ese hábito. Maryam se apoyaba en él, medio dormida de pie, y él no pudo evitar poner los ojos en blanco. Si hubiera evitado visitar la Abadía la tarde anterior, estaría más descansada, pero ahora que el Capitán Yue le había entregado aquellos misteriosos anillos que ayudaban con sus Señales, estaba obsesionada con practicar sin cesar.

Tredegar se desplazó a su izquierda, ganándose una mirada curiosa al sujetar distraídamente la manga de Maryam para que no tambaleara. El noble de piel oscura había estado nervioso desde que partieron del Hostel Rainsparrow, tenso hasta el punto de parecer que quería negarse cuando los marineros descendieron por la rampa para recoger sus bolsas y subirlas al barco. Algo rondaba a Tredegar en estos días, y cada vez estaba más convencido de que no se trataba de una simple disputa escolar.

Alguien se rió cerca del agua, uno de los instructores. El sonido viajaba lejos en aquel lugar, y los muelles de Allazei parecían, en cierta forma, tanto vacíos como llenos de actividad. Solo unos pocos soldados de la guarnición vigilaban desde sus puestos cerca del muelle, pero el gran galeón llamado la Empresa Valiente era un zumbido constante de movimiento, aunque ahora que los marineros vestidos de negro habían traído todos los tambuchos, era la cubierta del barco la que se convertía en el verdadero centro de atención.

No es que la Decimotercera estuviera sola en los muelles, para nada, aunque las conversaciones eran escasas y silenciosas. Lo más probable era que solo compartieran barco con los otros en el muelle durante unos pocos días, pero Tristan todavía los consideraba dignos de evaluación.

El capitán Wen había sido claro: en caso de un desastre, los brigadistas estudiantes podrían llamar a los vigías de Asphodel o a la flotilla diplomática, lo cual, sin una necesidad real, arruinaría su rendimiento en la prueba anual. Las únicas personas a las que las cofradías de la Scholomance podrían acudir serían los instructores y entre ellos mismos. En otras palabras, la lista de convocados que se reuniría aquí sería la lista disponible durante su estancia en el extranjero.

Él no era el único en haberse dado cuenta de ello. Song había estado leyendo los contratos de todos desde debajo del ala de su sombrero y los demás miraban a la Decimotercera con la misma intensidad—aunque sin ojos de plata mágicos. Solo ellos cuatro estaban juntos, ya que su patrocinador los había abandonado a favor de un omelet de cornete y una “conversación con personas que realmente aprecio”.

Algunas de esas personas que Tristan conocía de pasada estaban allí.

La Cuarta mantenía una distancia cerrada respecto a todos, casi con expresión de desdén, pero Tristan notó que estaban menos temerosos entre ellos que al inicio del año. Si Bait tenía razón, las peleas mensuales por quién tenía el derecho a un nombre eran en su mayoría formalidades poco comprometidas en la actualidad, y los nombres desagradables que les habían puesto con tanto énfasis habían sido usados tantas veces que su picor se había desgastado por completo.

Tupoc lo pilló mirándolo y lo miró con ojos pálidos y sin parpadear, moviendo sutilmente los labios para decir “en tus sueños” antes de hacerse una cortada en la garganta con un dedo. Encantador como siempre.

Un nuevo detalle sobre la Cuarta era que su patrocinador, el teniente Mitra, estaba allí con ellos, mirando a la distancia. El someshwari tenía rostro anguloso, pero hombros anchos, destacando principalmente por su cabello y barba despeinados, ambos en largos mechones desordenados. También parecía bastante sombrío, acentuado por los ojos con círculos oscuros. Un destello de luz reflejándose en el anillo que llevaba hizo que Tristan despertara a Maryam y le señalara discretamente en esa dirección.

¿Significa algo ese aro?

Ella parpadeó hacia él un momento, moviendo los labios y solo entonces empezó a ver realmente las cosas que la rodeaban.

“Um,” respondió con elocuencia. “¿La plata es la marca de un Maestro de la Guilda?”

Él levantó una ceja, sin hacer la siguiente pregunta en silencio. No era un Akelarre, para saber si un ‘Maestro’ debía considerarse una gran dignidad o un simple mensajero.

“El capitán del Bluebell también era un maestro,” dijo Maryam, con los ojos azules completamente despiertos ahora.

Él suspiró, asintiendo en señal de agradecimiento. Se decía que el capitán Sfizo había mantenido a raya a una horda de lares furiosos que amenazaban con inundar el barco, casi de manera casual encerrando a la Santa—aunque, hay que decirlo, solo después de que varios la habían herido para él. Aun así. El teniente Mitra no era alguien con quien se pudiera jugar, entonces. Hage había mencionado alguna vez que la mayoría de Akelarre no alcanzaba rangos superiores a capitán por tradición antigua, prefiriendo clasificarse por rangos ocultos dentro de su gremio.

Song se inclinó cerca de ambos, bajando la voz.

“¿Conoces a este Qianfan?”

Sus miradas se dirigieron hacia la brigada que estaba más cerca del Cuarto, la Onceava. Esa tenía pocas sorpresas relativamente, pero la Tianxi que acababa de mencionar sí fue una de ellas.

La capitana Imani Langa y Thando Fenya estaban en su mayoría presentes, al igual que su experto en skiritai: un Sacromontano llamado Salvador, a quien Tristan mantendría una buena distancia. El hombre desprendía un olor a coterie en las peores formas, y que Tredegar le tuviera en alta estima

por sus clases compartidas de Skiritai lo hacía aún más letal a ojos de la rata. Un asesino que sabía cuándo mantener sus armas en el estoque, era doblemente peligroso.

Su cuarto miembro era el mencionado Qianfan, un alto muchacho Tianxi — y estudiante de Navegación, por eso la pregunta de Song a Maryam.

“Casi de paso,” respondió Maryam. “Es uno de los visitantes más frecuentes a las celdas de la Abadía.”

Al igual que el duodécimo, el onceavo había sido abandonado por su patrón — era uno de los dos conversando con Wen, un hombre corpulento de Lierganen con cabeza rapada y rostro con mejillas firmes y mandíbula rota, como un rufián de la calle. Una apariencia engañosa, ya que el teniente Joaquín era de la Sociedad Peiling y también un matemático de cierto renombre, además de su instructor para el Mandato.

Esa decisión resultaba aún más interesante por la identidad del tercer patrón en ese pequeño círculo: el capitán Oratile era un Stripe, patrón del Nono y también instructor de Teratología. Que el académico de piel oscura no enseñara Mandato, era una sorpresa.

El Nono pareció sorprendido cuando ella los dejó atrás para unirse a los otros patrones, quizás insinuando una mano suave que los vigilaba. Tristan miró en esa dirección con menos atención, por razones prácticas. Tredegar aclaró su garganta en silencio, con ojos oscuros mirando hacia el Nono, y casi frunció el ceño de antemano.

“Esa chica sigue mirándote fijamente,” le dijo Tredegar.

Resultó que Cressida Barboza no había conseguido la última plaza de Guerra Aérea ni le perdonaba su participación en aquel resultado. Por lo menos, su capitana no iba a involucrarse — Tozi Poloko, con su peinado ridículo y ojos que mentían. A Song le agradaba algo esa oficial Izcalli, pero algo en ella le recordaba a los comerciantes que estafaban a los jóvenes desesperados con los precios del pan, fingiendo que era un favor en todo momento.

Junto a la capitana, se erguía Izel Coyac, un hombre de hombros anchos con brazos poderosos y barba de pocos días. Umuthi, había aprendido Tristan tras preguntar, y considerado por otros mecánicos como tanto un hábil trabajador con las herramientas como un tipo bastante amigable. Por la falta de vello en su rostro y lo que sospechaba eran ataduras bajo la túnica a la altura del pecho, Coyac también era corregido — un hombre que en su día se pensó como una mujer.

El último de ellos, Kiran Agrawal, era otro de los aparentes interminables conocidos de Tredegar. El lanzador de Someshwari era lo bastante cordial para acercarse a saludarla, y tenía los hábitos de cuidado de alguien nacido para la apariencia. Nadie más mantenía su barba y bigote tan ordenados. Es más, las joyas por sí solas le habrían dicho a Tristan que eran de oro auténtico. Song lo había notado discretamente, aunque no había profundizado en ello —lo sabía todo de él, pero prefería no hacerlo evidente.

—Finge que no lo notas —susurró Tristan en su dirección.

—¿Un amante rechazado, Tristan? —bromeó Tredegar—. ¿Ya?

Por mucho que le molestara ser objeto de burla por parte de alguien que pensaba que Isabel Ruesta podía ser una idea acertada, hacer un comentario mordaz solo atraerían más atención hacia ellos.

—Solo tuvimos un pequeño desacuerdo respecto a la programación de clases, eso es todo —respondió de manera vaga—. Nada demasiado grave.

—Eso no es una mirada sin fuego, Tristan —le advirtió Tredegar—. Tengo experiencia en mirar con desprecio a los decepcionados, y esta se encuentra en el medio superior de esa especie.

—¿Cómo está la capitana Imani, Angharad? —preguntó suavemente Song.

La Pereduri tosió discretamente en su puño, desvió la mirada y comentó en voz baja sobre la suavidad de la brisa en aquel temprano momento de la mañana. Tristan lanzó una mirada de agradecimiento a Song, pretendiendo que no se percataba de ello, y luego dirigió su atención a la última pareja que esperaba en los muelles. Se encontraban alejados de los otros instructores, cerca de la rampa que llevaba a la galera.

El comandante Osian Tredegar, tío de Angharad, era uno de esos tipos con un toque de moda descarado que las jóvenes de la nobleza causaban un pequeño escándalo social para luego volver a la respetabilidad. Era rico, pero además era un Umuthi, lo cual resultaba una lástima, ya que Tristan no era tan ingenuo como para intentar robar el oro de alguien capaz de crear trampas de éter. Lo que resultaba bastante divertido era que el comandante Tredegar llevaba quince minutos intentando salir de una conversación, pero la otra parte no captaba la indirecta.

La sargenta Kavia era una Someshwari de estatura baja, de mediana edad, cuyo rango parecía sospechosamente bajo. Su apariencia era poco memorable; su cabello negro siempre recogido en un moño, pero llevaba un escudo adornado con piedras preciosas a la espalda, junto a dos espadas en las caderas y uno de esos extraños círculos con filo, llamados chakram, característicos de los Someshwari. En opinión de Tristan, esa presencia parecía claramente Skiritai.

Lamentablemente, aún no se sabía si el comandante Tredegar lograría escapar con dignidad de esa conversación, pues los gritos desde arriba pusieron fin a su espera común. Un oficial de la guardia en la cubierta de la galera les ordenó que abordaran, donde serían recibidos por el comodoro, lo cual proporcionó al viejo Tredegar una excusa para apresurarse por la rampa. Los demás empezaron a seguirlo.

—Todavía debería faltar algún instructor —frunció el ceño Song.

Tristan casi sonrió. Comprendía por qué ella podía pensar eso, ya que casi todas sus clases compartidas y las del convenio tenían un rostro conocido: el teniente Mitra en Teología y el Akelarre, el teniente Joaquín en Mandato y los Sabios, la capitana Oratile en Teratología y las Rayas. Incluso la capitana Wen en Saga y las Laurel —la pobre Thando, única estudiante de Arthashastra, y a punto de heredar toda la atención de Wen por horas.

La sargenta Kavia debería estar a cargo de la Guerra y los Skiritai, lo que dejaba al comandante Tredegar para los Umuthi, con un puesto claramente vacío en esa fila.

—Me sorprendería mucho —dijo Tristan— si la Máscara aún no estuviera a bordo.

—

Era tradición que el capitán diera la bienvenida a los pasajeros al abordar, y Song sospechaba que la mayoría estaría ansiosa por intercambiar palabras con el grupo de instructores que embarcaba en la Gallant Enterprise, aunque fuera solo por cortesía. Sin embargo, el comodoro Trivedi los observaba como si se tratara de una tarea tediosa. Quizá la mujer tenía suficientes conexiones para considerarlos inferiores, o quizás ese era el rango más alto que alcanzaría en su carrera.

La competencia por sí sola no era suficiente para alcanzar los rangos de almirante.

—Bienvenidos a bordo —dijo el comodoro Trivedi con aparente indiferencia—. Mis oficiales los acompañarán a sus habitaciones. Se adecuarán las estancias a sus... categorías, pero no toleraré que deambulen por aquí y entorpezcan a mis hombres.

Ella hizo una pausa, forzando una sonrisa a medias.

—Quizá extienda invitaciones a cenar, si el tiempo lo permite. Queden liberados.

Algunos de los instructores parecían divertidos, otros irritados, pero fue la capitana Tozi quien llamó la atención de Song. Había en su mirada un rastro de desprecio. Sin embargo, no permanecieron mucho en la cubierta, pues la palabra del comodoro Trivedi era ley en su propia nave —y en varias más, mientras guiaba la flotilla diplomática rumbo a Asphodel. Los tenientes navales los escoltaron hasta el interior de la nave, y Song observaba cada detalle con suma atención. Y una verdad se hizo clara rápidamente:

A diferencia del galeón en el que otros habían navegado, la Gallant Enterprise era una embarcación de combate.

No era un viejo y quejumbroso impostor desmoronándose a pedazos, sino un buque de guerra moderno, con cubiertas reforzadas y cuarenta cañones culverín relucientes. Con unos cien tripulantes, y a juzgar por su aspecto, casi tantos soldados.

Las alumnas fueron asignadas de inmediato a cubículos sobre la bodega, repartidos en tres camarotes. La suerte indicó que la tripulación del Decimotercero ocupara uno de los camarotes privados más pequeños, y el Nínete en el otro, lo que significaba que la Eleventh compartía aquella estrechez con Tupoc. Song agradeció a los dioses por ello, ofreciendo una ofrenda a Menshen Zhu para que alejara a los espíritus malignos de su puerta.

Ella se instaló sobre Angharad, mientras Tristan ocupaba la cama debajo de Maryam, los cuatro desempacando lo imprescindible para la travesía. Además de una breve escala en el puerto de Lavega, donde la Gallant tenía previsto conectarse con el resto de la flotilla, no estaba planeado que la nave tocara tierra antes de llegar a Asphodel —lo cual implicaba dividir sus tiempos entre la

habitación, el comedor y cualquier espacio disponible para las clases.

Poco después, Wen tocó en su puerta para informarles que debían volver a dormir, aunque con aviso para levantarse en unas horas. El instructor había acordado que las clases no debían saltarse, incluso en el primer día. La tripulación del Decimotercero no puso resistencia; la breve vigilia de Maryam ya comenzaba a disolverse en humo, y, tras apagar la lámpara, cayeron rendidos en sus estrechos catres.

Song despertó cuando la nave atravesó el Anillo de Tormentas, el ruido y el movimiento la sacaron del sueño, pero volvió a dormirse antes de que terminaran el pasaje.

A la séptima hora, el capitán Wen tocó en su puerta con fuerza, arrojando un saco lleno de galletas de grano y carne salada al abrirse Angharad los ojos lentamente. La portadora de Peredur casi lo atrapa en sus manos.

—Los barriles de agua están en el pasillo —les indicó Wen—. Tienen cuarenta y cinco minutos para prepararse para la clase.

Se apresuraron a comer y vestirse, mientras Song y Angharad se dirigían a los barriles para lavarse; algunos otros estaban allí, con expresión de que esa manera de despertarse no había sido mucho más suave que la del Decimotercero. Song volvió con la cara y cuello limpios, pero se encontró con una escena que la hizo preguntarse si seguía soñando: Tristan, sentado en su cama, alimentaba con un trozo de galleta a un gato negro y robusto, que llevaba en el pack un trozo de pastel.

¿Es Mephistofeline?

“Es o eso, o una de las carnes de cerdo se ha sido peluda,” respondió Tristan.

Mephistofeline, indiferente a la ofensa, seguía devorando las migajas y mordisqueando sus dedos.

“Bueno,” susurró Song, “supongo que ahora sabemos quién será tu instructor.”

“Y también Cressida Barboza,” murmuró el ladrón. “Eso sí que preferiría no haber tenido que escuchar.”

Se oyó un fuerte ronquido cuando Maryam se retorció en sus sábanas, su brazo deslizándose por el borde de la litera y quedando suelto.

“Dejas que vuelva a dormir,” acusó Song.

“Me insultó en su lengua materna,” replicó él con tono despreocupado. “No me acerco a ella cuando hace eso—al menos no mientras duerma con un hacha debajo de la almohada.”

La Tianxi de ojos plateados suspiró.

“Está bien, me encargaré de ello,” dijo.

Había un mosquete descargado que podía usar como bastón. Song se detuvo al alcanzarlo.

“Por cierto, ese bizcocho sale de tu porción,” dijo ella.

Él resopló.

“Si lo hubieras probado, sabrías que no es gran pérdida.”

Las raciones del barco eran, en realidad, pocas y malas, sin duda. Era un detalle pequeño, pero Song logró que su brigada estuviera despierta, vestida y sin hambre cuando el sargento Kavia llegó a reunir a todos. Contó las cabezas, como si fueran ovejas que regresaban de su paseo, y luego los condujo por las entrañas del barco. Allí les deseó buena suerte y llamó a la puerta.

Así fue como diecisiete estudiantes se encontraron apretados en una pequeña habitación con olor vago a anchoa justo antes de las ocho, cuando la puerta se abrió para revelar la cara de mueca astuta del capitán Wen Duan. Saga, parecía, sería la primera clase.

—

Ninguno de los otros alumnos había tratado con Wen antes, salvo Tupoc, y ello se reflejaba en la cantidad de miradas desconcertadas, ofendidas y comprensivas que el Thirteenth recibió en los cinco minutos siguientes a la reunión en esa sala con el hombre.

El onceavo fue pedido a sentarse más atrás porque el capitán Imani era “demasiado distraídamente uthukileno,” Tupoc fue elogiado por haber logrado engañar a tantos desde la última vez que se vieron y el apellido del capitán Tozi Poloko fue casi seguro pronunciado de forma deliberadamente torpe. Pero el Thirteenth no fue exento de críticas, pues a Maryam le dijeron que había visto cadáveres más vivos. Tras una serie de insultos apenas disimulados con la excusa de tomar lista, para alivio de Song, el capitán finalmente se dignó a comenzar a enseñarles algo.

“Mientras todos ustedes son monumentos vivientes a un nivel asombroso de ignorancia sobre el mundo que los rodea,” dijo casualmente el Capitán Wen Duan, “yo no cobro lo suficiente para poner un mínimo de esfuerzo en corregir esa triste realidad.”

Se inclinó tras su banco, sacando un saco de tela voluminoso y colocándolo sobre sus rodillas antes de ajustarse las gafas.

“Nos conformaremos con que adquieran un mínimo de comprensión sobre la nación a la que todos navegamos,” comentó.

Desatar las cuerdas alrededor de la parte superior del saco, metió la mano en su interior, y casi todos los ojos siguieron el movimiento.

“Comenzaremos con lo básico,” dijo el capitán Wen. “¿Alguien puede decirme cuál es la capital del Rectorado de Asphodel?”

Se levantaron varias manos, incluida la de Song, pero ella prestó más atención a las expresiones que al nombre que eligiera Wen. No fue sorpresa que el capitán Tozi fuera el primero, ni que Thando Fenya también, porque era Laurel. Lo que llamó más la atención fue Alejandra Terrero, de la Cuarta. No todos los navegantes se interesaban por los mapas del mar, pero parecía que el signo de Tupoc podría ser uno de ellos.

“Fenya,” dijo Wen. “Déjame sorprenderme.”

“Tratheke,” dijo Lord Thando. “El nombre proviene de palabras en el canto cicládico que significa ‘caja que canta’.”

Un sonido de aprobación llenó el aire. Wen metió la mano en la bolsa y sacó una pequeña naranja.

“Tratheke será donde atracaremos y donde se realizarán tres de los cuatro exámenes de evaluación,” explicó.

Luego dirigió una mirada hacia Thando.

“Aquí,” dijo el hombre con gafas, “tienes una naranja de elogio.”

En honor a Malani, él atrapó la naranja que Wen lanzó y ocultó en su mayoría su confusión. Lo mejor sería que comenzara a acostumbrarse a esa sensación, ya que Thando Fenya era el único estudiante de la Sociedad Arthashastra que iba a Asphodel, y por ello estaría sometido a la dosis sin diluir de Wen Duan en las tardes.

Song casi sintió lástima por él. Casi.

“Muy bien,” dijo Wen. “Ahora, ¿quién dirige el lugar?”

Esa era una pregunta interesante, pensó ella. En principio, la respuesta sería el rector de Asphodel, en este caso Lord Rector Evander Palliades el Tercero, décimo gobernante de la relativamente reciente dinastía Palliades. El rectorado, a pesar del nombre, funcionaba en la práctica como una monarquía. La complicación residía en que, tras leer entre líneas en cada libro sobre Asphodel que había conseguido, el cargo de rector en general y la familia Palliades en particular habían ido perdiendo el control del poder durante las últimas ocho décadas.

La mano de Thando se levantó nuevamente, pero fue ignorada, y en esta ocasión fue la mano de Tupoc la que se levantó junto con la de Capitana Tozi.

“Poloko,” dijo la Capitán Wen. “¿Qué tienes?”

“Lord Rector Evander Palliades,” respondió ella, frunciendo el ceño, “el segundo de su nombre.”

Wen le arrojó una naranja, que ella atrapó con una sonrisa satisfecha.

“No pongas esa cara de sonrisa, esa fue una naranja de vergüenza por equivocarte,” le dijo el capitán. “Song, intenta redimir tu compromiso.”

El semblante de la Capitana Tozi se volvió frío ante sus palabras. Ugh, y era la capitana a quien más quería cultivar vínculos. La Tianxi aclaró su garganta.

“Asphodel está gobernada por su rector supremo, pero la oficina recibe consejo del Consejo de Ministros, un cuerpo asesor formado por grandes nobles,” explicó. “Los Ministros tienen cierto control sobre los tribunales y la tesorería.”

Wen solo levantó una ceja, aparentemente considerando incompleta la respuesta, así que prosiguió.

“Además, existe la Asamblea del Comercio, una asociación de los comerciantes más ricos de Asphodel, cuyos principales magnates controlan el comercio que sustenta al rectorado,” continuó. “Aunque no tienen autoridad oficial, ejercen una gran influencia informal.”

La razón por la que los Palliades seguían siendo rectores, pese a que su derecho de sangre era débil y aumentaba el descontento, era que los Ministros y la Congreso estaban en constante tensión. La raíz de esta disputa era la tierra: los nobles vigilaban celosamente sus grandes estates, impidiéndoles convertir su riqueza en poder mediante la compra de tierras. Ambos bandos intentaban atraer a los Palliades para que apoyaran su causa y, de ese modo, la familia podía tener suficiente influencia para seguir navegando en la cuerda floja, permitiéndoles mantenerse en el poder.

La Capitana Wen asintió.

“Esta es una naranja de elogio,” le informó antes de lanzarla.

Ella la atrapó sin dejarse distraer por su intento de lanzarla al suelo. Tupoc también recibió una naranja de elogio por identificar la isla de Arke y sus minas de hierro como fuentes de gran parte de la riqueza actual de Asphodel, y también como la causa de que en los últimos dos siglos haya estado en conflicto frecuente con el Ducado de Rasen. La Capitana Tozi se redimió a sí misma explicando que la ciudad de Tratheke fue construida sobre antiguas ruinas antediluvianas, que muchos creían haber sido una especie de universidad.

A Imani le lanzaron una naranja de vergüenza por una respuesta insuficiente respecto a los lazos diplomáticos más cercanos del Rectorado — según ella, Sacromonte y la Guardia.

— Sacromonte respalda al Rectorado y le anima a luchar contra Rasen como política de Estado — asintió Wen. — Tienes razón en eso. Pero los viejos lazos con la Guardia se han debilitado; Asphodel está casi libre de monstruos y La Chellería ahora compra grano a través de la Ciudad. ¿Quién ha ocupado ese vacío?

Song conocía la respuesta, ya que estaba claramente escrita en *Comercio en el Trebian*, Edición de las Nueve Velas, y por eso sabía que la forma en que se había formulado la pregunta era una trampa. Aunque Thando Fenya identificó correctamente a Tianxia como un socio comercial en crecimiento para el Rectorado — las repúblicas del sur son famosamente glotonas por el hierro — aún así le lanzaron una naranja de vergüenza. Song sintió un pequeño placer al ampliar su respuesta cuando se le solicitó.

— El Reino de Malan importa grandes cantidades de ganado vacuno de Asphodel — añadió —, ya que la raza autóctona de ovejas es muy valorada en el corazón de Malani.

Algo acerca de que produce una lana fina sin enfermarse en el clima cálido. Lo cual implicaba que los Malani tenían vínculos con el Consejo de Ministros, ya que solo los nobles podían tener grandes fincas para criar ganado a esa escala. Y, dado que la Asamblea de Comercio controlaba el envío de hierro hacia las Repúblicas, manteniéndolas lo suficientemente ricas para competir con los nobles, los magnates tenían lazos con Tianxia. No era de extrañar que la Guardia creyera que pronto habría guerra en Asphodel, pues dos potencias más fuertes que el gobernante nominal del estado estaban colándose con intereses extranjeros.

Song sabía que no debía creer que las repúblicas fueran menos que despiadadas en su afán por dominar el comercio en el Trebian.

— Ahora, quizás soy demasiado optimista, pero elijo confiar en que sois capaces de entender las implicaciones básicas de lo que aquí se ha dicho — dijo el Capitán Wen. — Considerad esto: el Rectorado de Asphodel ha revelado la existencia de un Antediluviano funcional en su isla natal, la capacidad de construir cortadores y que ha asegurado un gran depósito de aleaciones de tomic.

Hizo una pausa.

— Y pensad además que todos estos poderosos beneficios se encuentran en tierras que son gobernadas directamente por el señor rector de Asphodel, permitiendo a Evander Palliades prescindir por completo de los aristoi y los magnates.

El capitán Wen se inclinó,

— ¿A qué os suena eso?

— Pólvora negra — dijo Kiran Agrawal con gravedad.

— Explícate — solicitó Wen.

Fue otra la que respondió, contra la suave sorpresa de Song: Angharad.

— Una gran fuente de ingresos que no esté restringida por el Consejo de Ministros permitiría al señor rector reunir fondos y soldados para restablecer su autoridad sobre la nobleza — explicó ella —. Convocar a los magnates sería entonces cosa de trivialidad.

— Vosotros dos podéis partir la naranja después — musitó Wen, dejando la fruta sobre un barril —. En términos generales, esa valoración es correcta — añadió —. Los Palliades tienen posibilidades de gobernar Asphodel en más que en nombre, si logran sobrevivir unos años más. Que el Señor Rector Evander guardara en secreto el hallazgo del astillero hasta el último momento indica que comprende los peligros por venir.

El hombre de gafas giró su hombro.

— Desde que pongamos pie en Trathekes, habrá ojos sobre vosotros — advirtió Wen —. Tradicionalmente, se dice que la Guardia apoya al que ocupa el puesto de señor rector. Sin embargo, en la práctica, el poder de los aristoi rurales significa que nuestros hombres en Stheno's Peak tuvieron que cultivar buenas relaciones con ellos para poder moverse sin obstáculos por sus tierras.

Seguramente —dijo lentamente Bait— ninguno de estos ministros ni magnates intentaría obstaculizarnos cuando nuestros acuerdos benefician a Asphodel.

Wen rio.

—Viene una guerra por esa isla, muchacho—, dijo—. Si parece que el Lord Rector va a ganar, los viejos nobles buscarán apoyo en sus amigos Malani y los comerciantes enviarán cartas a las Repúblicas; saben que una familia Palliades en ascenso los enterrará. No hay ni una sola hoja de acero afilado en Asphodel que no sea examinada en busca de lealtad, y aunque ustedes son estudiantes, llevan el negro.

Chasqueó la lengua.

—Detrás de ustedes está el peso de ejércitos y flotas, niños—, dijo—. Sus opiniones personales importan poco, pero estos grandes hombres diseccionarán cada uno de sus pasos como oráculos que intentan leer en esas entrañas las intenciones de los oficiales superiores.

Y si la Guardia decidía apoyar a una facción, leyó entre líneas Song, quizás inclinara la balanza a su favor. Malan y las Repúblicas eran poderosas, pero la Guardia tenía mayor cercanía —y podía movilizar con más facilidad sus fuerzas. Sin embargo, la Guardia no podía tomar partido, como les había explicado el profesor Iyengar en aquella primera lección. Hacerlo sería un veneno mortal para el orden.

—Tendrán que avanzar con cautela—, dijo Wen Duan—. Por eso, ahora dedicaremos el resto de la mañana a aprender los nombres.

Miradas de escepticismo.

—¿De qué nombres hablan?—, preguntaron.

—Nadie preguntó eso—, refunfuñó Tristan—.

—Ah, mi primer voluntario—, respondió con alegría—. Y, por supuesto, son los nombres de todas las grandes familias, cárteles comerciales y funcionarios del tribunal en Asphodel.

Secruyó las manos.

—Y por si se preguntaban, cada error será castigado.